

LA VOZ DE LA CARIDAD



NUM. 19.—15 de Diciembre de 1870.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epist. I, 4, 8.)*

LA CARIDAD EN HELLIN.

La mas preciosa joya de la civilizacion verdadera es la caridad: por ella se mide la cultura de los pueblos, el adelanto social de las naciones: ella distingue la agrupacion salvaje de la comunidad protectora; la sociedad gentilica, sensual y egoista, de la sociedad elevada y fraternal del cristianismo: ella lo embellece todo y todo lo purifica; es el vínculo de amor que une las familias, el vínculo de amistad que une los hombres, el lazo de concordia que atrae los pueblos, el lazo de orden que conserva los Estados, y el lazo, en fin, de socorro, proteccion y consuelo que une al opulento con el pobre, al sano con el enfermo, al contento con el atribulado, al fuerte con el débil, al sábio con el ignorante y al poderoso con el pequeñuelo. Imagínese una sociedad en que esa virtud sea una verdad práctica y entera, y habrása hallado el tipo, el bello ideal de las humanas sociedades. Allí reinará la ciencia, que ilustra y no desvanece, y el puro amor, que anima y vivifica.

Y si á tanto llegar no es dable, se debe procurar aproximarse al menos: que un solo paso dado en tal camino es de suma trascendencia en bien de un país; es un gran mejoramiento, una conquista realmente inapreciable.

Movida por estas consideraciones, de las que hizo mencion en sus sencillos estatutos de 14 artículos, se formó espontáneamente la «Asociacion de Caridad» de la próspera villa de Hellin en 1858. Fundó su porvenir en la índole de su objeto, y quiso ser como el grano de semilla que, arrojado á la tierra, conviértese luego en árbol robusto y lozano. Dotada por el cielo esa villa de ventajosas condiciones, bien merecia tener en su seno un principio de caridad organizada. Con él podrá en todo tiempo reclamar el dictado que merece de compasiva y hospitalaria; con él, desarrollar los nobles

instintos de sus habitantes, y hacer que llegue un día en que, bajo una ú otra forma, se dé cima al pensamiento inaugurado. Para ello bastaría, en este como en otros pueblos, la creación oportuna de una *Casa de refugio y hospitalidad*, y el establecimiento completo de la *beneficencia domiciliaria*.

La «Asociación de Caridad» de Hellin, cuya junta permanente se compone de dos asociadas *consultoras* y un asociado *consultor* entre las personas más caracterizadas; tres asociadas *visitadoras* y un asociado *visitador*, para averiguar las necesidades y repartir los socorros entre los indigentes; una asociada *depositaria* y un asociado *secretario-contador*, para acopiar é invertir los donativos, que según reglamento han de llegar *en especie* á los pobres, y llevar la sencilla pero exacta contabilidad de los modestos fondos administrados, cuenta doce años de existencia. Durante ellos ha repartido mil duros próximamente á unos mil pobres enfermos ó ancianos desvalidos, que tenían techo, aunque miserable, en que albergarse, pero no pan, ni medicinas, ni ropas, ni hilas, ni vendajes, ni palabras de consuelo, ni dirección en su asistencia. No será grande este caudal benéfico, pero acaso no han sido pequeñas las dificultades vencidas para realizarle, por la falta que hay en los pueblos de costumbres de asociación; y de seguro no es pequeño ni despreciable ese ejemplo del bien que puede hacerse en todas partes, así en las populosas capitales como en los reducidos vecindarios.

Una Real orden de diciembre de 1859, consultada por el Consejo de Estado, hizo grandes elogios de esta Asociación, por lo mismo que su fin era tan práctico y laudable, y su organización tan sencilla.

Dado el impulso de la caridad, no suele ser en vano. Existía en esa villa una antigua fundación de hospital, de escasos y entorpecidos recursos. El edificio, aunque lóbrego y pestilente, subsistía. En él habitaban, como seres únicos connaturalizados con aquella atmósfera, una vieja andrajosa, un perro de lanas mugriento, un gato sucio y espantadizo, y en un grande montón de estiércol que allí se acumulaba de las inmundicias de todas las vecindades (asqueroso comercio con que la vieja vivía), escarbaba un gallo y se revolcaba un cerdo. Al año siguiente, 1859, siete personas caritativas, que representaban todas las clases del pueblo, en unión con el Cura párroco, y autorizadas por el Obispo de la diócesis, se propusieron completar el pensamiento de la Asociación, formando otros sencillos estatutos de 31 artículos, que el celoso Prelado sancionó con alegría; y estimulados todos por el noble deseo de hacer bien á la humanidad, se convirtió aquella fantástica morada, casi gruta de

animales, en limpia y bendecida mansion de consuelo y descanso para los pobres enfermos desvalidos, á quienes no alcanza el objeto de la Asociacion antes fundada. Restauróse el edificio; fueron desalojados los sucios habitantes antiguos, y en su lugar se instalaron doce aseadas camas, en salas separadas de hombres y de mujeres.

El caso se habia dado ¡horror causa decirlo! de morir un enfermo pobre en el portal de una casa, inadvertido y abandonado. Hoy en cambio la Junta directiva del hospital de Hellin, á los once años de existencia, puede con satisfaccion decir: Se han allegado para los pobres enfermos 151.000 rs.; se han empleado en su socorro 137.000; quedan de reserva 14.000; se han sufragado 23.306 estancias ó dias de asistencia, y amparo á 1.218 enfermos, de los cuales 936 han curado, y solo 276 han muerto. ¿No puede dar por bien empleada su constante solicitud? Poco esceden de 1.000 rs. al año las rentas propias del hospital: con algo mas le ha ayudado el Diocesano en el anual reparto del producto del indulto cuadregesimal: solo de pocos años acá recibe del presupuesto municipal una subvencion de 3.000 rs. Todo lo demás ha salido de los donativos voluntarios de la caridad en una constante recaudacion mensual. Y como la administracion es celosa y enteramente gratuita, todo el producto de los ingresos se emplea en beneficio de los pobres.

Si esa villa pusiera en su hospital las Hermanas de la Caridad, con una escuela de párvulos que las mismas dirijiesen, y le agregara una seccion de asilo de mendicidad, la caridad en Hellin habria hecho lo que en un pueblo cabe hacer. Sus bien inclinados habitantes no escasean por otro lado las obras individuales de caridad; y no es raro ver á un infeliz jornalero albergar espontáneamente en su estrecha morada una familia de forasteros transeuntes, por no consentir que quede á la intemperie hasta el siguiente dia.

Hemos querido dar á conocer la caridad en Hellin, cuyos nobles instintos deseáramos estimular. Sirva esto á la vez de muestra y ejemplo de lo que puede hacerse facilmente en los pueblos. Si en todos se realizara en bien de los pobres, con sencilla y previsora organizacion, algo de lo que puede procurarse, ¡cuántas bendiciones no se oirian en lugar de gemidos de desconsuelo! ¡Cuántas víctimas de la miseria no se redimirian á muy leve precio!..... Y la joya de la civilizacion verdadera, la *caridad*, brillaria en todas partes, y levantaria el nivel de las costumbres sociales, daria entonacion á las puras conciencias, y acrecentaria el recíproco amor de todas las clases.

Carlos Maria Perier.

LA NIEVE.

Son las nueve de la noche del 5 de diciembre. Madrid está bello, con esa belleza magestuosa de las obras de Dios, que los hombres en vano pretenden copiar.

Brilla la luna, no enteramente despejada, pero la niebla que la intercepta no es bastante densa para oscurecerla por completo, y deja paso á una claridad pálida como los primeros destellos de la aurora.

Ha nevado hace poco, y todavía caen pequeños copos. ¡Nieve y luna! He aquí un hermoso fenómeno, nuevo para nosotros, frívolos habitantes de esta Corte, á quienes nada grande nos sucede, mientras que mil pequeñeces nos preocupan y enloquecen.

Este espectáculo, sin embargo, es frecuente durante muchas noches de invierno para el montañés y para el marino de las regiones polares; para el que habita en la cumbre de los montes, que son como olas inmóviles en la tierra, ó para el que lucha con las olas del mar, verdaderas montañas de agua, que no tienen desgraciadamente igual inmovilidad.

Nuestra débil complexion no está á prueba de la temperatura tan baja de esta noche. Los que van por la calle, forrados de abrigos hasta los ojos, apresuran el paso, fijando la vista, mas en el suelo resbaladizo, que en el cielo brillante; y los que están encerrados en las casas solo echan una mirada á ese manto de pálida blancura al través de los cristales de sus confortables habitaciones. Como el espectáculo es nuevo y es hermoso, naturalmente exclamamos: «¡Qué bonita vista! Es digna de un buen pintor.»

Sí; es magnífico esto, como lo es todo el movimiento que Dios imprime á las fuerzas físicas del universo. Pero ¿deberemos contentarnos con reconocerlo así? Esta nieve, esta luna, esta blancura de armiño que cubre casas, campos y calles, ¿no nos inspirará mas que una admiracion de artista?

¡Ah! Despues de rendir ese culto de entusiasmo á lo que es grandiosamente bello, fijémonos un poco en la influencia que ejerce sobre una gran parte de nuestros hermanos; sobre los pobres.

Es delicioso espectáculo el de un país nevado; es grato contemplarlo durante algunos instantes, pasando un poco de frio, soportable por el abrigo con que nos resguardamos, y por la esperanza de entrar en calor junto á una buena chimenea ó en una mullida cama, despues de haber comido bien y haber saboreado esa suave

embriaguez del café. En tal estado decimos bien al decir que el invierno es bueno y confortable.

Pero desde el fondo de este bienestar, lancemos uuestra imaginacion, dócil servidora de nuestra voluntad, hácia tantos pobres que están viajando á pie, ateridos de frio, hambrientos, quizás moribundos; sobre tantos soldados, esclavos del deber militar, que se sienten helar en un campamento ó en una garita de centinela; sobre tantos pobres que están retirados en chozas del campo ó en boardillas de la ciudad, en las que penetra el frio y el airecillo sutil de la neblina, sin fuego, sin abrigo, sin pan; pobres mártires del trabajo, que solo ven en la nieve un dolor presente, y la perspectiva quizás de no tener jornal en el dia de mañana.....

Al menos en el verano el pobre puede dejar su estrecha zahurda, y con solo salir al campo ó á la calle, respira esa atmósfera fresca de las noches de julio. Es un beneficio que Dios reparte por igual al rico y al pobre. Pero viene el invierno con sus rigores de frio, de lluvia y de nieve, y el pobre los sufre en toda su extension, porque carece de los medios materiales de combatirlos.

Nosotros, los que debemos á la fortuna un mediano bienestar, no comprendemos lo que es el *dolor del frio*, porque no lo reflexionamos; pero juzguemos por comparacion pensando en el bienestar de un hogar que chisporrotea, que alegra, que reanima, y que convida á gozar las dulzuras de la familia y de la sociedad. Si: el frio es terrible; es el complemento de las miserias del pobre; es el hambre que aniquila; es la sed que devora; es la agonía lenta de la vida que languidece y que parece va á extinguirse.

¿Y no merecerá nuestra compasion esta calamidad del frio? Ahora mismo, en esta noche, habrá en Madrid diez ó doce teatros llenos de gente que se divierte; setenta ú ochenta cafés donde no caben las personas que van á distraerse, á charlar, y á regalarse con taza, copa y cigarro; y multitud de reuniones grandes ó pequeñas, donde se disfrutan los encantos y ventajas de la vida social.

Pero al lado de este cuadro de los que gozan, hay un triste reverso de los que sufren. Hay centenares, millares, de familias, que quizás no han comido hoy, y sienten en sus desabrigadas boardillas el frio exterior, aumentado por el interior de su estómago vacío: hay enfermos pobres que ven agravarse sus dolencias, y subir la fiebre á medida que baja la temperatura; hombres y mujeres que mañana al romper el dia han de ir á un trabajo penoso, llueva ó no, porque sin trabajo no hay pan para la familia; hay niños sin madre que les comunique el calor de su seno; ancianos sin hijos que los cuiden; hay, en fin, una gran porcion de séres humanos que maldicen, si no

tienen fe y resignacion, y que pueden ser casi santos si la tienen perfecta para soportar valerosamente su adverso destino.

En ese conjunto inarmónico de tantos que gozan y de tantos que padecen, cuando el frio azota á unos duramente y á los otros de un modo tan atenuado que casi es un placer, ¿no habrá un medio de acercar distancias y hacer menos sensible esta desigualdad de condiciones, inevitable porque entra en los designios inescrutables de una justicia omnipotente.

Sí, lo hay; es la caridad; la caridad, que hace pensar en las desventuras del pobre cuando menos nos afectan personalmente; que le busca en los buenos tiempos y le busca con mas afan en los tiempos rudos del hambre, la peste y el frio; la caridad, espejo de la bondad del corazon humano, porque no hay mayor prueba de bondad que tratar de socorrer á los que están privados de amparo y de consuelo.

Y si en todas las miserias tiene esta virtud ancho campo en que ejercitarse, en el frio le tiene espedito y facil á todas horas. Para hacer de una familia pobre una familia acomodada, se necesitarán recursos de cierta cuantía; pero para remediar el dolor de los que están ateridos de frio, basta muy poco: una manta, un abrigo cualquiera, unos cuantos leños que templen la habitacion, y un poco de alimento que dé calor al estómago. A tan poca costa puede hacerse pasar á una familia pobre esta buena noche de invierno que estamos pasando dentro de nuestras caldeadas habitaciones.

Se acerca Navidad, ese dia que, impregnado de un sabor religioso, parece infundir á todos cierta alegría, que predispone á la benevolencia y á la generosidad. Pues bien; supongamos una cosa encantadora; soñemos, si se quiere: *Dolce é sognare il bene*, como cantaba el Petrarca. Figurémonos que en este Madrid, donde hoy habrá 50.000 familias, una cuarta parte viven en la opulencia, otra cuarta parte en la medianía, y la mitad restante en las privaciones ó en la miseria; supongamos, pues, que cada una de las dos primeras clases escoje una de la última para darle en ese dia leña, abrigo y comida. El sacrificio sería individualmente bien corto, y sin embargo, produciria el espectáculo interesante y seductor de que todos los habitantes de Madrid tuviesen una buena Pascua de Navidad.

¿Sucederá así? En totalidad es casi imposible; en gran parte es difícil; en alguna, no; que no está la sociedad tan perdida como se piensa; hay todavía mucha caridad, muchas gentes de buenos sentimientos. A ellas apelamos, y les decimos: «Cuando veais esta nieve que embellece y este frio qua os sirve de tónico físico y moral, en-

viad socorro á un pobre; con esto la belleza del espectáculo os parecerá mejor, y al aliviar el dolor del frio ageno, sentireis mejor el calor y las dulzuras con que templais la crudeza del vuestro.»

Antonio Guerola.

LA BENEVOLENCIA.

Se dice generalmente, y con razon, que no basta ser virtuoso, sino que es necesario parecerlo, porque la apariencia de la virtud es un tributo que los hombres pagan á la sociedad en que viven, y á la virtud misma.

Esto, que es una verdad tratándose de la virtud en general, lo es muy particularmente con respecto á la caridad.

Ser caritativo es amar al prójimo, y si este amor no se manifiesta por signos exteriores, podrá llegar á ser tan ineficaz como si no existiera.

Por eso debe atribuirse á la benevolencia una grandísima importancia.

No todos los desgraciados necesitan la limosna de un pedazo de pan ó una moneda: basta á muchos para ser socorridos una palabra cariñosa, una muestra de deferencia ó un apretón de manos; y aun aquellos cuya situacion exige un socorro material, tienen necesidad casi siempre de esa especie de limosna moral, tan saludable para el alma como lo es la otra para el cuerpo.

La limosna material satisface las necesidades de los que la reciben, pero no engendra la gratitud; alimenta, pero no consuela; y algunas veces hasta humilla, en cuyo caso hace tanto mal como bien.

Generalmente solo aprovecha á los que pudiéramos llamar mendigos de oficio, y no son estos los verdaderos pobres.

La pobreza que se esconde, la pobreza que conserva todavía cierto pudor, y no se atreve á salirnos al encuentro tendiéndonos la mano, necesita de nuestra benevolencia tanto ó mas que de nuestra caridad.

Y no es esto solo.

La falta de benevolencia, como hemos dicho antes, llega muchas veces hasta hacer ineficaz la caridad.

La caridad busca con frecuencia á la desgracia para socorrerla, pero en la mayor parte de los casos es la desgracia la que tiene que buscar á la caridad.

Y como la desgracia hace tímidos aun á los mas audaces, muchas veces el que va á buscar á otro, decidido á pedirle un socorro, que puede consistir hasta en un consejo, se detiene ante una mala acogida, y se retira, llevando la amargura, si no el odio, en su corazon.

Y hay muchos que, aun siendo buenos, no son benévolo. La benevolencia es hija de la delicadeza del sentimiento, y ni todos tienen esa delicadeza, ni á muchos se ocurre que para socorrer las necesidades de los demás es necesario allanar á los necesitados el camino para que imploren el auxilio de los que pueden otorgárselo.

Nadie va á pedir á otro lo que no tiene, y como los hombres hemos de juzgar por las apariencias, no es posible esperar bondad del que no parezca bueno, ni caridad de quien no sea benévolo.

Estas consideraciones nos han dado sin buscarla una definicion de la benevolencia, que es *la manifestacion externa de la caridad*.

Las personas bruscas ó de mal carácter podrán ser caritativas; pero careciendo de benevolencia, pasarán muchas veces al lado de la desgracia sin remediarla, porque no inspirarán á los que padecen la confianza indispensable para que les pidan socorro.

Y si prescindimos de la clase de desgracias que exigen un socorro material, y nos fijamos en los padecimientos que necesitan lo que hemos llamado la limosna moral, veremos que para ejercer esta caridad es indispensable la benevolencia.

Una palabra dura basta muchas veces para exasperar el ánimo ya combatido por las contrariedades, y una frase cariñosa es con frecuencia el iris de paz, señal de que vuelve la calma al corazon agitado por la tormenta.

¡Qué pena tan grande haber dicho la primera, si llegara uno á apreciar todas sus consecuencias! ¡Y qué gozo tan inmenso acertar con la segunda, sabiendo cuánta es su importancia!

Pues esta dicha está vedada á los que no son benévolo.

Hasta para dar un consejo se necesita benevolencia; pues al paso que en labios del que posee esta cualidad, las palabras, aunque nos contraríen, adquieren una dulzura que nos hace acogerlas cariñosamente, cuando nos aconseja una persona de carácter áspero, sus consejos parecen reconvenciones, y hasta las insinuaciones mas leves tienen algo de ofensivo.

Y al hablar de los consejos, tengan en cuenta que es esta una de las cosas que mas necesitan los desgraciados, y qué con gran razon la doctrina cristiana pone entre las obras de misericordia la de *dar buen consejo al que lo ha de menester*.

Vamos á terminar repitiendo de una vez para siempre, que sin benevolencia es muy difícil ser caritativos, y que la falta de aquella virtud puede en muchas ocasiones hasta llegar á hacer estéril la caridad.

E. Zamora y Caballero.

UN ERROR DEL EGOISMO.

Nadie es tonto para su provecho. He aquí una frase vulgar que traduce una opinion generalizada, y tanto, que sostener la contraria parecerá tal vez un absurdo. No obstante, no vacilamos en afirmar, que cuando se trata de su provecho, es cuando los hombres hacen menos uso de su cordura y de su inteligencia, y esta afirmacion la confirma el estudio de todos los pueblos y de la mayor parte de los hombres.

La historia nos dice que todas las naciones, todas sin exceptuar una, en ningun país ni en ninguna época, todas han obrado á impulsos del fanatismo, la ambicion, el amor á la gloria, el interés, la cólera, la venganza, el honor mal entendido, nunca llevadas por la razon; es decir, que la conclusion mas evidente que se saca del estudio de la historia, es que los pueblos *son tontos para su provecho.*

Todos los hombres que pueblan las prisiones, y gran parte de los que ocupan las camas de los hospitales, han sido tontos para su provecho; pero prescindiendo de estos desdichados, bastante numerosos por desgracia, para probar la inexactitud de la frase que encabeza estas líneas, prescindiendo de todo lo que puede aparecer con el carácter de escepcion, estudiemos la regla. Pasemos revista á las personas que conocemos mejor, y veamos cuál es su conducta tocante á las cosas que mas han de influir en su felicidad: cómo cuidan de su salud; cómo siguen un oficio ó una carrera; cómo se afilian en un partido; cómo elijen esposa; cómo educan á sus hijos; y de este estudio resultará por regla general, *que el hombre no es para nada tan tonto como para su provecho.*

¡Qué de artistas, de hombres de ciencia, de políticos, de militares y de filósofos, acertados ó sublimes al frente de la estatua que modelan, de las leyes que descubren, de las asambleas que ilustran, de los enemigos que vencen, del auditorio que arrebatan, y desacertados ó insensatos en todo lo que á su bien interesa, es decir, tontos para su provecho!

¿Y por qué el sentido comun habrá sancionado un error como verdad inconcusa? No comprendemos cómo ha podido generaliz-

zarse una opinion que los hechos contradicen; probablemente habrá contribuido á estenderla, el considerar ese *provecho para el que nadie es tonto*, MATERIAL É INMEDIATO. Un jugador, por ejemplo, despliega gran sagacidad é inteligencia para ganar dinero, para no perderlo, para que nadie le engañe. Juzgado en aquel momento, y atendiendo á los medios que emplea para procurar la ganancia ó evitar la pérdida de su dinero, seguramente nadie podrá decir que no comprende muy bien lo que le conviene, y no obstante, teniendo en cuenta toda la vida y el verdadero interés, los jugadores *son tontos para su provecho*, puesto que arruinan su fortuna, y muchas veces su salud y su honra, dominados por un vicio que ni aun placeres momentáneos proporciona, porque en vez de gozar al perder su dinero, como el gloton ó el dado al lujo, el jugador rabia. Un enamorado pone en juego los medios mas eficaces para poseer el objeto de su amor. Aquel hombre, observado en aquel momento, no es tonto para su provecho, que es unirse á la mujer que adora; y no obstante, aquella mujer le hará desgraciado, etc., etc.

El egoismo, que se considera como el consejero mas ilustrado y el guia mas seguro, suele ser la causa de los errores mas groseros y de los extravíos mas fatales. No hace hoy á nuestro propósito considerarle bajo todas sus fases, y nos limitaremos á observar una que influye malamente en la práctica de la caridad. Es bastante comun que los maridos, los padres, los hermanos mayores, todos los que tienen alguna autoridad en la familia, aparten á las personas que de ellos reciben órdenes ó consejos, de ciertos actos caritativos que exigen cooperacion personal. Mi hija ó mi mujer, dice el padre ó el marido, si se entregan á la práctica de la caridad, faltan de casa algunas horas en ciertos dias, y esas menos me consagran. La obligacion de casa es la primera, y no es razon desatender los propios por ir á cuidar los estraños.

Bajo el punto de vista del egoismo, que es como lo consideramos aquí, parece que el cálculo está bien hecho, y no obstante va errado. Los buenos sentimientos, como las fuerzas físicas, aumentan ejercitándolos, disminuyen y casi desaparecen en la inaccion. Una mujer siente el caritativo impulso de ir á visitar al pobre en su boardilla, ó de auxiliar al enfermo en su enfermedad, pero por no disgustar á su marido, le contiene, y permanece en su casa. Estos impulsos, comprimidos una y otra vez, son cada dia mas débiles, y concluye por saber que existen desgraciados sin pensar en llevarles consuelo, ó por no acordarse de que los hay.

Es el bello ideal para el marido calculador, que además de no ver á su mujer distraida de su cuidado por ningun otro, encuentra

una economía en las limosnas que deja de dar. Pero esta mujer, que no se acuerda de hacer bien, que no ejercita sus dulces y nobles sentimientos, que solo se ocupa de sí y de su familia, concluye por endurecerse, y el marido egoísta no tardará en hallar otro egoísmo enfrente del suyo, y en ver á su lado una de esas personas que *solo son buenas para si*, es decir, que no son buenas para nada. Llega un dia en que necesita abnegacion y sacrificio, ¿cómo los hallará en aquella mujer que ha apartado constantemente del espectáculo de la desgracia, de la escuela del sufrimiento, que no ha aprendido por grados á inmolarse, que no tiene, en fin, el hábito de aceptar sufrimientos para consolar dolores? Dura y fria será la mujer que por mucho tiempo ve friamente los dolores de sus semejantes, ó los olvida.

Además, la desgracia es una gran maestra. La mujer que la ve y la consuela, no solo educa su corazon sino su entendimiento, y será no solo mejor, sino mas razonable é instruida. Un año de ver dolores, da mas esperiencia que una vida entera pasada en las regiones tranquilas de la felicidad; y los caprichos y las puerilidades de que tanto se quejan los hombres, hallan un gran correctivo en las lecciones solemnes que la compasion recibe del dolor como en pago del consuelo que le lleva.

Bajo el punto de vista pecuniario, las limosnas que da la mujer deben tener por resultado una economía para el marido. Raro será que la mujer caritativa, no sacrifique alguna vez su capricho ó su gusto en favor de los infelices que protege, y héla ya en el buen camino, que tiene tambien su pendiente rápida como el malo, y es posible que entre en la senda de una razonable economía, la que suprime una gala por hacer una limosna. Es bien extraño y bien absurdo que los maridos que no murmuran contra los despilfarros del lujo, clamen contra los gastos de la caridad; sin notar que el pequeño vacío que dejan en el bolsillo, está mas que compensado por las disposiciones que dejan en el corazon. De muchas casas sabemos que se han arruinado por el lujo de las señoras; nunca hemos oido decir que ninguna viniese á menos por las limosnas que la señora daba.

¿Qué diríamos de un padre que, para utilizar las fuerzas físicas de su hijo, le prohibiese ir al gimnasio, diciendo que allí las malgastaba sin emplearlas en algun efecto útil para el autor de sus dias? Pues así se conduce el que queriendo aprovecharse de los buenos sentimientos de los suyos, les prohíbe el ejercicio de la bondad, y se forja el mónstruo imposible de criaturas llenas de abnegacion en su casa y de egoísmo cuando salen de ella. No consiente la Providencia que haya tal discordancia en las armonías del mundo moral.

Calculadores todos que teneis autoridad, y la empleais en apartar á los que dependen de vosotros de las prácticas caritativas, vais errados, y en nombre de vuestro egoismo os conjuro á que varieis de conducta: porque sois malos necesitais mas del auxilio de los buenos. Dejadlos que se ejerciten en la práctica de las virtudes que deseais utilizar; dejadlos que aprendan á consolaros compadeciendo, á amaros amando: si no lo haceis así, en el dia de la prueba, verán vuestros ojos el horrible reflejo de vuestro egoismo, en vez de la llama divina de la caridad.

Concepcion Arenal.

LA PENITENCIARIA MODELO.

En la Gaceta de 6 del corriente se ha publicado, precedido de una bien escrita exposicion, el decreto del Regente del reino, fecha 30 de noviembre último, mandando establecer en Alcalá de Henares una penitenciaría modelo bajo el sistema *Auburn*, que consiste en el trabajo de dia en comun y con silencio, y el aislamiento celular de noche; pues aunque en la exposicion no se habla de la circunstancia del silencio, suponemos no se prescindirá de ella, por ser base fundamental del sistema.

Sinceramente nos felicitamos de esta acertada disposicion. El sistema *Auburn* es el que hemos venido defendiendo como el mejor; y el ensayarlo por ahora en un solo establecimiento es lo que aconseja la prudencia, por nuestra deplorable escasez de recursos y aun tambien por la conveniencia de experimentar, antes de generalizar, el coste de su construccion y los efectos materiales y morales del mismo sistema.

Falta solo que esto no quede en un buen proyecto escrito, sino que se lleve con actividad y lo veamos realizado cuanto antes. Los tres edificios cuyo producto en venta se destina para este objeto deben valer mucho y proporcionar lo suficiente para empezar el trabajo, que reconocemos será muy costoso si se ha de hacer con perfeccion, como es de esperar.

Otra cosa falta ahora tambien, y es que, mientras se construye la nueva penitenciaría, se vaya pensando en una modificacion del código penal, ó en alguna disposicion transitoria é interina, en virtud de la cual los tribunales de justicia puedan reducir el tiempo de presidio que impongan en las condenas, si se han de extinguir en la nueva penitenciaría. En efecto, la reclusion en esta, aunque mas util para la sociedad en general y para el mismo confinado en par-

ticular bajo el punto de vista de su porvenir, es indudable que será mas penosa que no lo es el presidio actual, con su libre comunicacion continúa y menor severidad de régimen. Por esta razon, un principio de justicia exige que el tribunal sentenciador, al imponer, por ejemplo, cuatro años de presidio por un delito que así lo requiera hoy segun el código, sepa el nuevo género de penitenciaría á donde ha de ir el penado, y pueda acomodar mejor la cuantía del castigo.

Por lo demás, lo único que encontramos censurable es que, segun se infiere del decreto mencionado, se sostienen sin rectificacion ni aclaracion las bases de la ley de 11 de octubre de 1869 para la reforma de las prisiones. En varios números de esta Revista, y en un importante folleto publicado cuando se discutió esa ley (1), se han demostrado los errores que por inadvertencia sin duda van envueltos en dichas bases; pero son tan evidentes, que confiamos se corregirán al formarse la nueva ley que las mismas bases anuncian, y que es de desear esté hecha antes de que empiece á funcionar el establecimiento modelo de Alcalá.

Entretanto, sin perjuicio de esto, saludamos con gozo el principio de la verdadera reforma penitenciaria que se inaugura en el decreto de 30 de noviembre. Hora es ya de que España salga del atraso lamentable en que estaba respecto á esta importante materia, aprovechando las lecciones de la experiencia en paises extranjeros; y que nuestros presidios dejen de ser simples encierros de criminales, para convertirse en lugares de verdadera expiacion y de reforma moral de los penados.

Seguiremos con todo interés el curso de este asunto.

Antonio Guerola.

LA SRA. CONDESA DE ESPOZ Y MINA.

Comprendemos que puede haber escritores que tengan derecho á ocupar al público de sus dolores y de sus alegrías, personalidades poderosas, encarnaciones de ideas ó de sentimientos que han conmovido las masas, inoculándoles alguna grande idea. Nosotros no podemos presentar títulos para reclamar este privilegio; nuestro dolor es nuestro solo: no valemos tanto que exijamos la simpatía como derecho, ni tampoco que la pidamos como limosna.

(1) Examen de las bases aprobadas por las Cortes Constituyentes para la reforma de las prisiones. Por Doña Concepcion Arenal.

No es, pues, la amiga la que va á hablar de la señora Condesa de Mina, es la Redactora de LA VOZ DE LA CARIDAD, que no corresponderia á su nombre si no se congratulase de que la mujer que es toda caridad, se halla fuera del peligro que ha corrido una existencia tan preciosa para los deegraciados. La que es ejemplo de todas las virtudes durante su vida, lo ha sido tambien al borde de la tumba; y en medio de terribles padecimientos no se ha desmentido ni un instante su fortaleza inquebrantable, su incansable paciencia, su modestia incomprensible y su bondad sin límites. Siempre ha parecido mas ocupada de las molestias que causaba que de los dolores que sufría. En las tristes horas que el sufrimiento hacia eternas, tenia presentes siempre aquellas en que debian comer ó descansar los que la cuidaban; la que no habia mirado con indiferencia ninguna desdicha, veia con asombro que inspirase interés la suya; atribuia á bondad ajená, no á mérito propio, la simpatía que inspiraba, recibiendo como gracia todo lo que se le debia de justicia. Esta amenaza de la muerte ha servido para hacer como un resumen de su vida, para poner en relieve todas las altas cualidades de su natural angélico, y tambien para darnos esas provechosas lecciones que se llaman grandes ejemplos.

Debemos consignar tambien otra leccion que con este motivo hemos recibido del mundo, no tan perverso como dicen los que contribuyen poderosamente á pervertirle. La Condesa de Mina no tiene hijos ni parientes inmediatos. Ha caido enferma en una casa de huéspedes, y en un pueblo donde estaba de paso; y en circunstancias tan desfavorables habrá en el mundo pocas, muy pocas personas, que hayan recibido cuidados mas tiernos ni asíduos. En medio de las pasiones y de los intereses, entre las cuestiones políticas y sociales que agitaban los ánimos, habia un grupo numeroso que rodeaba de una atmósfera de cariño, de respeto y de dolor la casa en que sufría aquella santa, y parecia delegado por la capital de España para tributar á la virtud el homenaje de la justicia. El telégrafo y el correo traian tambien de las provincias pruebas de afecto y simpatía; y al ver este cuadro armónico, no podia dejarse de exclamar:— «¡El mundo no es tan perverso!—

Nosotros damos gracias de lo mas íntimo de nuestra alma á tantas personas como han sentido y llorado el peligro de la ilustre enferma, y han deseado prestarle algun servicio. Puede decirse que para ella no ha habido en esta ocasion estraños; no lo ha sido ni el portero de la casa que habita, ni las escelentes mujeres que la hospedaban. ¿Y qué diremos de la joven que la acompaña, y la ha cuidado como si fuera su madre? ¿Qué de aquel médico que no ha

vivido mas que para ella mientras ha estado en peligro, y para cuyos cuidados no halla la enferma palabras, ni nosotros tenemos mas que lágrimas? Si él no supiera lo que vale la vida que ha salvado, se lo dirian los que le rodeaban con ansiedad en los dias del peligro, y hoy le dan mil plácemes.

A pesar de las injusticias del mundo, nadie que no los merece recibe los homenajes de cariño y de respeto de que ha sido objeto la señora Condesa de Espoz y Mina.

Concepcion Arenal.

¡FALTA UNO!

Las tres decenas del Patronato de los Diez siguen consolando á sus patrocinaos y auxiliándolos generosamente; cuando demos cuenta de lo que por sus pobres han hecho, se verá que merecen las bendiciones que de ellos reciben. La cuarta iba á instalarse. ¡Con qué gusto íbamos á decirle al pobre ciego y á su desventurada familia, *ya estais amparados*, y si no de la pobreza, de la miseria extrema *os hallais á cubierto!* Pero un contratiempo de familia pone en la necesidad de retirarse de la segunda Decena á una de sus mas celosas socias; hay que cubrir aquel hueco, y los diez individuos de la cuarta quedan en nueve, y no puede instalarse. LA VOZ DE LA CARIDAD, que ha hallado siempre eco en sus buenos suscritores, ¿se perderá esta vez cuando implora la compasion de las personas caritativas? Hay tantas necesidades y hace tanto frio en aquella pobre boardilla, cuya puerta se abriria para tantos consuelos si hubiera un corazon que se abriese á la piedad! Bendito sea anticipadamente el que sin duda llegará á decirnos:—Que no se esterilice la buena voluntad de nueve personas, esperando inutilmente al décimo compañero. Que la *Noche Buena* no sea tan mala para aquella desventurada familia. Ya podemos rodearla con nuestra proteccion y llevarle el aguinaldo de la caridad. *Ya no falta ninguno.*—

LA CARIDAD EN LA GUERRA.



Ambulancias neutrales del comité de Francia.

El servicio de una ambulancia se compone:

Primero, de ocho coches con su correspondiente zaga, pintados de azul y parecidos en su forma á una gran carreta: dos magníficos caballos normandos arrastran estos coches, que sirven para conducir el material al campo de batalla.

Se cubren al principio de la accion con un toldo, y con uno ó dos haces de paja se forma un lecho provisional, donde cómodamente se conducen los heridos á las tiendas de la ambulancia.

Segundo, de seis tiendas de tela verde, que contienen ocho camas de campaña. Estas tiendas se instalan en menos de cinco minutos por el personal de la ambulancia, que consta de un capitán, dos tenientes, cuatro alféreces y ciento veinte hospitalarios.

El uniforme consiste en pantalon azul oscuro, levita negra muy holgada con dos hileras de botones, y sombrero redondo de fieltro. En el sombrero y en el pecho llevan en fondo blanco la cruz roja, que sirve para hacerse respetar de las partes beligerantes.

Los oficiales llevan una especie de redingote, negro tambien, con dos filas de botones dorados, y gorra de paño azul ó de tela blanca, segun la estacion, con cruz roja.

El número de pequeñas cruces bordadas con oro que tienen en el cuello, indican las distintas graduaciones: el alférez lleva una, dos el teniente y tres el capitán.

Cada ambulancia tiene un médico mayor y dos ayudantes.

El pabellon blanco con cruz roja ondea siempre sobre las tiendas y carruajes de este importantísimo servicio, y sirve de señal en medio del combate.

Los oficiales y los médicos son voluntarios.

SUSCRICION PARA BARCELONA, VALENCIA Y ALICANTE.

	<i>Reales.</i>
<i>Existencia anterior</i>	940
D. Sergio Gomez (Campeta).....	10
<i>Total</i>	<u>950</u>

Esta cantidad la hemos distribuido entre las tres ciudades, habida consideracion á la importancia de la fiebre amarilla que han sufrido, enviando 375 rs. á Barcelona, igual cantidad á Alicante, y 200 rs. á Valencia.

Pobre es esta ofrenda, y desde luego es muy inferior á nuestros deseos; pero ella representará las simpatías de los suscritores y de los redactores de la *Voz de la Caridad* hácia toda clase de sufrimientos y de miserias. Además, nuestra modesta suscripcion no podía ascender á mucho, porque en las tres localidades aflijidas por la epidemia se han abierto otras, á donde naturalmente han afluido los donativos de las personas generosas. Descuella entre ellas la de Barcelona. A mas de 36.000 duros asciende ya lo recaudado allí para este objeto. Barcelona, poblacion tan ilustrada y tan notable bajo muchos conceptos, no podía dejar de distinguirse tambien tratándose del hermoso sentimiento de la caridad.

La Redaccion.